

LA especulación política de la semana se centra en el posible reverdecimiento de la amistad entre Estados Unidos y la Unión Soviética, hasta ahora nublada por la guerra del Vietnam. Las largas entrevistas de Gromyko —ministro de Asuntos Exteriores de la URSS— con el Presidente Johnson y con Dean Rusk —secretario de Estado—, sus breves contactos con personalidades americanas de primera fila, como son el vicepresidente Humphrey, el senador Mansfield —jefe de la minoría demócrata del senado y adversario de la intervención de Estados Unidos en el Vietnam—, el «speaker» de la cámara de representantes, McCormack, y otros políticos han creado, por lo menos, un clima. Es preciso no olvidar que estamos en vísperas de elecciones en Estados Unidos y que, como siempre, en estos casos toda la política de Estados Unidos se mueve en un frente electoral. En este frente electoral hay muchas brechas, muchos fallos para el partido demócrata en el poder y, concretamente, para la política personal de Johnson. La guerra se alarga, compromete cada vez mayor número de vidas americanas, presiona sobre la economía del país. Las amas de casa se encuentran con un alza diaria de precios. La bolsa baja un poco más cada día. El malestar de la juventud y de los intelectuales crece. Los disturbios raciales no cesan. Todas las calas realizadas en la opinión pública muestran inequívocamente un descenso en la popularidad del Presidente Johnson. Las elecciones convocadas no pueden tener un resultado demasiado catastrófico en razón de su parcialidad. Se renueva solamente un tercio del Senado; aunque todos los resultados fuesen negativos —lo cual es imposible— seguiría habiendo una mayoría demócrata. La Cámara de Representantes se renueva por entero. Podría tener la nueva un cierto signo republicano, como pueden predominar los republicanos en algunos puestos de gobernadores que salen a elección. La importancia de estas elecciones es que lo que salga de ellas puede ser un signo de si el país desaprueba realmente la política actual del Gobierno; y de cómo pueden llegar a plantearse las elecciones para la Presidencia en 1968.

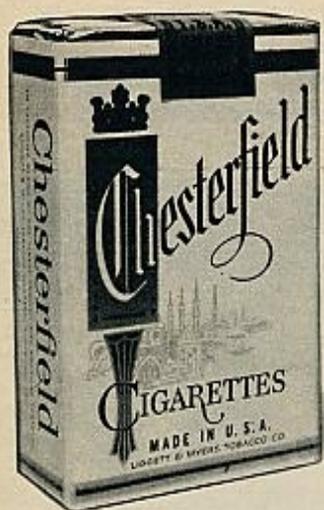
Los esfuerzos de Johnson para recoger la situación en estas vísperas son importantes. Su política exterior aparece coherente. Se trata de demostrar que una nueva amistad con la URSS sobre puntos concretos, sobre puntos de apaciguamiento —la no proliferación del arma atómica, la retirada gradual de tropas en Europa, la supresión de algunas restricciones en el comercio con los países comunistas—, puede alejar el peligro de una tercera guerra mundial, puesto que la URSS es el único país atómico al que hoy pueden temer los Estados Unidos. Si la URSS acepta esta mano, tendida precisamente en estos momentos en que la guerra del Vietnam se incrementa en dureza, es que el peligro mayor se aleja. Se puede aumentar la presión de la escalada sin riesgo inminente. Para ello ha ido McNamara al Vietnam y ha conversado en jornadas extenuantes con los jefes militares; para ello se han desembarcado nuevos soldados, se han establecido nuevas bases militares, han aumentado los bombardeos. Simultáneamente, se celebra la conferencia de Manila, como una amplia maniobra de propaganda. Es la demostración aparente de que no hay aislamiento, de que puede hablarse de un «mundo libre» en la guerra asiática junto a los Estados Unidos y a Saigón, y que ese fragmento del «mundo libre» coincide con Johnson en la política de extremos, ciertas ofertas de paz —se presiente ahora a Indonesia como mediador asiático— y nuevas amenazas de extensión de guerra, para forzar a la negociación. Lo que ofrece Johnson a sus electores en potencia es esto: para los pacifistas, la esperanza de que la URSS no intervenga en el conflicto, incluso de que sirva de moderadora; la idea de una Europa donde los Estados Unidos puedan recuperar la hegemonía política mediante una nueva «rolance» de la coexistencia. Para los partidarios de la manera fuerte, la seguridad de que el esfuerzo de guerra no va a cesar. Para los economistas, la tranquilidad de que las industrias de guerra no van a detenerse y la posibilidad de una expansión con la apertura de nuevos mercados hacia el Este, mercados que ahora está «robando» Francia, como consecuencia de su política abierta. **SIGUE**



Andrei Gromyko, ministro de Asuntos Exteriores soviético, con Lyndon Johnson.

ESTADOS UNIDOS SE APROXIMA A LA URSS

por EDUARDO HARO TECGLÉN



“vd. me conoce,
mi nombre
es chesterfield

*(“Chester,” para
los amigos)”*



Encienda un Chesterfield. Disfrute del pleno sabor de tabacos seleccionados, curados y mezclados con el mayor esmero para ofrecerte un sabor mejor. En

España, Chesterfield se fuma más que cualquier otro cigarrillo americano porque... ¡satisfacel Chesterfield sólo se fabrica en los Estados Unidos.

ESTADOS UNIDOS SE APROXIMA A LA URSS

Esta ideación de Johnson puede ser bastante eficaz para la mentalidad media del elector americano. Sobre todo, si la URSS le ayuda. A la URSS podría interesarle que la posición de Johnson no se debilitase ante el partido republicano, que ha elegido de nuevo el camino belicista. Y que, como en los buenos tiempos de Goldwater, habla otra vez de la bomba atómica como medio de curación de los males del país. La URSS, con su silencio, con su relativa benevolencia, ayudó ya notablemente a Johnson a conquistar votos frente a Goldwater en las elecciones presidenciales de 1964. Pero, naturalmente, esta nueva aproximación Moscú-Washington tiene un alcance —o puede tenerlo, si es real— mucho mayor que el de un simple movimiento de maniobra electoral. Para la URSS va más allá, mucho más allá. Se inscribe en su política, ya lejanamente enunciada, de coexistencia pacífica. No es preciso repetir los puntos básicos de esta doctrina, pero sí se puede describir su aplicación al momento presente. La confrontación armada entre los dos bloques socio-económicos debe ser evitada a toda costa, puesto que la aparición de las armas nucleares y el equilibrio inestable basado en el terror harían que esa guerra fuese posiblemente la última de todas las guerras del mundo. Es preciso una coexistencia en la que las dos secciones del mundo puedan desarrollar libremente sus teorías. El convencimiento de los teóricos de Moscú es que, privado el capitalismo de lo que ya Lenin consideró como algunos de sus motores permanentes, como son la continua amenaza de guerra, o la expansión del imperialismo, sus contradicciones internas son suficientes como para que el capitalismo muera dulcemente y se incline poco a poco hacia un socialismo. No puede decirse que, hasta ahora, estas teorías hayan dado mal resultado en lo que se refiere, por lo menos, a Europa. La desaparición paulatina del peligro de guerra en Europa ha debilitado la OTAN, ha causado el viraje en redondo de Francia, ha ganado nuevas amistades hacia la URSS en países europeos. Y está causando cada vez más una situación insostenible en el estado-tapón de Europa, en la Alemania Federal que los Estados Unidos habían creado a su imagen y semejanza para hacer frente a la URSS. Hasta el punto de que los posibles resultados de estas nuevas negociaciones de la URSS y Estados Unidos causan una sensación de ahogo en la clase dominante de la Alemania Federal. Un acuerdo sobre la no proliferación del arma nuclear, una decisión sobre la retirada progresiva de las fuerzas armadas en Europa, dejan sin sentido la actual política de Bonn y pueden amenazar hasta su milagro económico, que nunca fue tal milagro, sino una exaltación del capitalismo creado artificialmente por Estados Unidos y naturalmente dependiente de una tensión belicista.

Tal como aparece ahora, esta esbozada negociación se limita a unas largas conversaciones, sin comunicado oficial. La iniciativa es americana. La URSS —hasta el momento de ser escritas estas líneas— no ha dado una respuesta, ni ha hecho ningún comentario indicativo en su prensa. Incluso se ignoran los verdaderos temas tratados en las conversaciones. Es de prever que si las ofertas hechas por los Estados Unidos son únicamente faciales, propagandísticas, no serán recogidas. Es preciso que Johnson haya hecho auténticas concesiones. La urgencia de los Estados Unidos, la reserva y el silencio de los Estados Unidos, reflejan una situación muy distinta de la que se planteaba hace unos años, cuando a todas las ofertas soviéticas de coexistencia los Estados Unidos respondían friamente que se trataba de maniobras de propaganda sin verdadero alcance real. En este caso, las conversaciones van a continuar. Se prevé esta continuación en Nueva York —al margen

de la Asamblea General de la ONU— y se cree saber que el jefe de la delegación americana será William Foster, director de la Agencia Federal para el control de los Armamentos y para el Desarme. «Se han disipado ya numerosos malentendidos, pero quedan aún por resolver importantes problemas», ha dicho el portavoz del Departamento de Estado. Para tranquilizar en lo posible a Alemania del Oeste, el mismo portavoz ha indicado que «nada se hará sin consultar previamente a los aliados de la OTAN».

Pero algunos alemanes se están adelantando ya a la posibilidad de un nuevo estrechamiento de lazos entre la URSS y los Estados Unidos. El partido social-demócrata, el de Willy Brand, ha mantenido siempre que el problema de la reunificación del país no se resolvería mediante una situación de fuerza, como pretendían los demócrata-cristianos de Adenauer y de Erhard. Ahora Herbert Werner, vicepresidente de la social-democracia, sugiere una especie de «coexistencia» entre las dos Alemanias, excluyendo del posible acuerdo la participación directa de las potencias extranjeras. Si su tesis se convirtiese en doctrina, habría negociaciones entre las dos Alemanias para crear una «Comunidad económica interalemana». Esta movilización es importante, como lo es otra que procede del comunismo: la declaración de Luigi Longo, secretario general del partido comunista italiano, en la revista «Crítica marxista». Según Longo, la solidaridad con el pueblo vietnamita no excluye, ni es incompatible, el establecimiento de nuevas relaciones con los Estados Unidos en un nuevo sistema de coexistencia pacífica. Longo se opone a quienes creen que a la «escalada» americana hay que oponer una «contraescalada» de los países socialistas: esto conduciría «a la formación de un bloque de todos los países capitalistas contra los países socialistas, esto es, a una conflagración mundial». Cree que a la política de la ofensiva puede oponerse la política «de la lucha por la coexistencia pacífica, que en las condiciones actuales es más necesaria que nunca».

Todos los indicios que proceden de Washington insisten en que, en efecto, si Gromyko y sus interlocutores norteamericanos han disipado «muchos malentendidos», las posiciones con respecto a la guerra del Vietnam siguen siendo las mismas. No se puede pensar que la URSS cambie de punto de vista en ese aspecto, y en los discursos de sus dirigentes, en los editoriales de sus periódicos, se sigue sosteniendo la idea de que los Estados Unidos son una nación agresora en el Vietnam y que no hay posibilidad de solución negociada mientras no cese la agresión. El desarrollo de las entrevistas entre Gromyko y el ministro británico de Asuntos Exteriores, Brown, va a parar a la misma idea: el vacío plan inglés ha sido enteramente rechazado. Se sabía de antemano, lo sabía también Brown, pero necesitaba dar la sensación a la izquierda de su partido laborista de que hacía «algo».

Naturalmente, todas estas cuestiones, vistas con la óptica de Pekín, son radicalmente distintas. Para Pekín las nuevas conversaciones y los acuerdos que se desprendan de ellas no son más que una nueva muestra de la colusión entre la URSS y los Estados Unidos. (Colusión: pacto entre dos realizado en daño de tercero.) Pekín cree que si la URSS hubiese abierto un «tercer frente», o hubiese sostenido a cualquiera de los que se han ido abriendo por sí solos, los Estados Unidos no hubiesen podido resistir dos guerras simultáneas y hubiesen cedido. O hubiesen —dicen los soviéticos— desencadenado la tercera guerra mundial para tratar de conseguir una decisión rápida y brutal a su favor.

E. H. T.